

ENTRE EL VER Y SER VISTO: EL SIMBOLISMO DEL OJO

Kattia Chinchilla Sánchez

RESUMEN

El sentido de la vista es el más importante de nuestro cuerpo. El siguiente artículo describe el simbolismo mítico del ojo, que generalmente está relacionado con el conocimiento, la percepción, la maldad, el peligro. Podemos admitir la presencia de una especie de "poder" en la vista, como en el caso del mal de ojo.

ABSTRACT

Our eyes are the most important body's sense. The following article describes the mythic symbolism of the eye, that is evidence perception, danger and evil, because the ligament remarker-observered has been prevail. We shall admit the presence of some kind of "power" in the seeing as in the evil eye.

*"Let every eye negociate for itself
And trust no agent."
Shakespeare*

0. Introducción

"Ojo con lo que puse ahí"; "me le echas un ojo a..."; "volví a ver, pero que no te vean". Frases como estas, y otras tantas, las utilizamos diariamente sin prestarles mayor atención. El sentido de la vista es, quizás, el de más valoración y estima. Ordinariamente todas las especies vivas tienen dos ojos y es bien conocido que la visión de otros entes sobrepasa las funciones del ojo humano en algunos aspectos. Muchos insectos, por ejemplo, y algunos animales, tienen ojos más agudos y eficientes que los nuestros.

En relación con la fraseología coloquial y las alusiones al ojo, la variedad es notoria y evidencia las instancias significativas del simbolismo general de este órgano: conocimiento, interioridad, percepción, peligro, maldad, aprehensión. Veamos:

- *abrir los ojos*: conocer las cosas como son, para extraerles provecho y evitar lo perjudicial.
- *clavar los ojos*: mirar con atención particular.
- *echar el ojo (a una cosa)*: mirarla con atención, mostrando deseo por ella.
- *estar con cien ojos*: vivir prevenido o receloso.
- *hablar con los ojos*: dar a entender con una mirada o guiñada lo que se quiere decir a otro.
- *ojo avizor*: alerta, con cuidado.

Estos giros semánticos (vid. Apéndice de la fraseología coloquial) justamente amplían el ámbito de lo meramente óptico, para establecer asociaciones con otras facultades sensoriales. De lo anterior, reconocemos la presencia de un cierto “poder” en el ojo y en la mirada, el cual tendrá tendencias positivas y/o negativas.

De lo anotado anteriormente deducimos la gama de recursos sensoriales que de la mirada o de la observancia se derivan. Estamos ante la presencia de ese “poder” especial en el ver, en el mirar, cuando, por ejemplo, en un sitio de reunión amena e informal el modo de conducción es un curioso juego de miradas, el cual denuncia la capacidad aprehensiva que puede tener la vista. Es tan válido “ver” como “ser visto”, la persona alterna tales roles a lo largo de su estadía en el lugar. Mutatis mutandis, es tan evidente la sensación invasora de la vista, cuando, en un entorno cerrado y aglomerado, somos víctimas de una estorbosa mirada fija, la cual ni esperamos, ni deseamos, ni hemos incitado. En el primer sitio público de reunión, el corazón del mismo es prestarse al juego o intercambio malicioso de miradas cuasi rituales, mas en otro lugar tal actitud nos es ofensiva. Tal disgresión da pie para comentar el extenso simbolismo del ojo.

1. Generalidades

El ojo, órgano de la impresión sensible, es natural y casi universalmente símbolo de la percepción intelectual. Tanto en la Bhagavad Gita y en las Upanishad, los dos ojos se identifican con las luminarias cósmicas: el sol y la luna son los ojos de Vaishvanara; en el taoísmo, los de P’anku; en el Shinto, los de Izanagi. El ojo derecho (el sol) corresponde a la actividad y el futuro, el izquierdo (la luna) a la pasividad y al pasado. Esta dualidad es resuelta por una percepción unitaria, una visión sintética. El ming (luz), por ejemplo, es la síntesis de los caracteres que designan al sol y a la luna. La luz se establece como un factor superior y común a los dos astros.

Sin embargo, en la santa Hildegarde de Bingen (1098-1179), el ojo posee un rico simbolismo, orientado hacia lo uránico: los ojos en sí señalan hacia las constelaciones del firmamento; su blanco equivaldría a la pureza del éter; su claridad, al brillo etéreo; la pupila, las estrellas. Cada función de los ojos tiene su correspondencia con el macrocosmos.

En la psicología profunda el ojo es el órgano de la luz y de la conciencia, porque nos permite percibir el mundo y con ello moldear la realidad. Para el psicoanalista E. Aeppli, como imagen onírica, es a menudo un símbolo que encubre el genital femenino:

En algunos sueños, ver un solo ojo puede representar el órgano sexual femenino, o sea, el intercambio sexual que se desea inconscientemente.

Muchas veces, cuando es una mujer la que sueña con ojos redondos y sobresalientes, simboliza los testículos y, por tanto es un sueño que refleja los deseos eróticos de la soñante (Félix 1990: 104).

Inclusive su ligamen con la vulva lo notamos en el eufemismo latino **pupilla** (niña menor de edad) con la pupila de los ojos. Ahora bien, en cuanto a su nexos con los testículos, varios mitos lo advierten: originalmente, Edipo podría haberse emasculado a sí mismo (y no “cegado” ad litteram), como acontece en el mito de Atis y Cibeles (Vries 1984: 170).

Lo mismo sucede con la ceguera de Fénix, preceptor de Aquiles, la cual fue interpretada por los gramáticos griegos como un eufemismo por su impotencia sexual (Graves 1989: 14). Otro ejemplo del simbolismo ojo-testículos es Dafnis, hijo de Hermes y una ninfa, quien engañado por la hija de un rey de Sicilia, falta a su promesa de eterna fidelidad para con Nomia. Ella, presa de la ira, lo privó de la vista (Teócrito, I: 64-145; VII: 72-7).

Una manifestación unitaria es la función del tercer ojo, el ojo frontal de Shiva, el cual corresponde al fuego. Su mirada reduce todo a cenizas, pues expresa el presente sin dimensiones, la simultaneidad. Es el Prajna-chaksus (el ojo de la sabiduría) o Dharma-chaksus (ojo de Dharma) de los budistas, que, entre el límite de la unidad y de la multiplicidad, de la vacuidad y de la no vacuidad, permite aprehender simultáneamente. Es órgano de visión interior, pero también una exteriorización del ojo del corazón. En el Islam, la letra “ha”, el traspaso de los dos ojos, expresa la visión unitaria desde la caligrafía misma: dos anillos, símbolos de la dualidad, de la distinción, pero entrelazados. El tercer ojo indica la condición sobrehumana, una especie de clarividencia.

Según Platón y Clemente de Alejandría, el ojo del alma no sólo es único, sino que carece de movilidad, ya que es susceptible a una percepción global y sintética. Curiosamente la expresión “ojo del corazón” o del “espíritu” la registran Plotino, San Agustín, San Pablo, los sufíes (en Al-Hallaj) y los sioux.

El ojo del corazón es el hombre viendo a Dios, pero también Dios viendo al hombre. Es el instrumento de la unificación de Dios y el alma, del principio y de la manifestación (Chevalier 1988: 771).

A partir de lo anterior, debemos establecer y señalar que gracias a la omnisciencia del ser supremo, su ligamen con el ojo es manifiesto: el ojo divino es el ojo inmanente capaz de observar más allá de lo material; la altura de la deidad máxima (supónese en el cielo) se homologa con la “altura” fisiológica del ojo.

Por otro lado, la tonalidad del globo ocular indica variadas características. Los ojos azules expresarían libertinaje o serían el signo de un ser amante (Shakespeare 1988: 3, 2); son inherentes a las deidades celestes, las hadas madrinas y las heroínas de los cuentos. Según la sabiduría popular, los ojos verdes reflejan desconfianza y son propios de los entes celosos. Las divinidades de la fertilidad tienen ojos glaucos, como Atenea:

Encima del Cerámico y del Pórtico llamado Real, está el templo de Hefesto. Que esté junto a éste la estatua de Atenea, no me resulta asombroso, sabido lo que se cuenta sobre Erictonio. Y como la estatua tiene los ojos verdes me recuerda el mito de Libia que hace a la diosa hija de Poseidón y de Limne Tritónida y hereda de aquél sus ojos claros (Pausanias 1986: I, 14, 6).

Verdes son los ojos de su ave cunial: la lechuza. Tal color le es dado a las serpientes por Píndaro (Olímpicas 6, 30). Eran muy apreciados en los tiempos isabelinos, por su rareza:

(...) an eagle, amdam, Hath not so green, so quick, so fair an eye (Shakespeare 1980: 3, 5).

El célebre autor inglés hace de Venus la poseedora de ojos grises, un gris que significa azul, el cual era el color favorito de la diosa. La tonalidad roja para los ojos es clásica del llanto (Prov 23: 29). Caronte, el barquero infernal, y las Erinias tenían los ojos como carbones ardientes.

La furia demoniaca también los ostenta: "his eye Red as 't would burn Rome" (Shakespeare 1985: 5,1). Como dato curioso se contaba que Alejandro Magno tenía los ojos de dos colores: negros en la noche y azules en el día.

Se desprende que la variación de la gama cromática insidirá en el significado particular de lo ojos: azul para lo uránico, rojo para lo ctónico, verde para lo selénico-vegetal.

2. Ojos heterotópicos

La posesión de dos ojos expresa obviamente la normalidad física y su equivalente espiritual; por tanto el tercer ojo es símbolo de sobrehumanidad o de divinidad, como anotábamos. En el caso del ojo único, su sentido es ambivalente; por ser menos de dos (normalidad) expresa infrahumanidad, pero por su posición en la frente, encima del lugar dispuesto por la naturaleza, parece aludir a poderes extrahumanos. De otro lado, el ojo frontal va unido a la idea de destrucción, por razones obvias si es único, pero también cuando aparece como tercer ojo, cual es el caso de Shiva. Esto concierne a una de las facetas del simbolismo del tres: pasivo, activo, neutro o creación, conservación y destrucción. Los ojos heterotópicos, es decir, desplazados de su sitio anatómico y trasladados a diversas partes del cuerpo en figuraciones míticas: manos, alas, torso, brazos, algunas zonas de la cabeza, etc., aluden al correlato espiritual de la visión, es decir, a la clarividencia.

El ojo único, sin párpados, es símbolo de la esencia y del conocimiento divino. Inscrito en un triángulo, aparece tanto en la masonería como en el cristianismo. Para los vietnamitas, este mismo ojo es el sello que marca la investidura de los elegidos. Así, esta variante ocular tiene por común denominador el ritual iniciático: el contacto con la teofanía por parte de los *mystes* (iniciados). Sintetiza la omnivendencia y la omnisciencia divinas. Particularmente, inscrito en un triángulo, el ojo evidencia la consistencia del simbolismo del cielo en un espacio místico triangular, el cual retrata al **axis mundi**, el eje concatenador del cielo, la tierra y la región inferior o infernal.

El cíclope, poseedor de un solo ojo, es una fuerza primitiva o regresiva; reúne dos tradiciones, la del forjador, servidor de Zeus y Hefesto, quien maneja el rayo para los dioses (Hésodo 1981: v. 165) y la del monstruo salvaje de fuerza prodigiosa, escondido en las cavernas de las cuales no sale más que para cazar (Homero 1980: IX).

Un monte era de miembros eminente
 éste (que, de Neptuno hijo fiero,
 de un ojo ilustra el orbe de su frente,
 émulo casi del mayor lucero)
 cíclope, a quien el pino más valiente,
 bastón, le obedecía, tan ligero,
 y al grave peso junco tan delgado,
 que un día era bastón y otro cayado.
 (Góngora 1949: 150)

A diferencia de Góngora, Homero lo presenta cruel y despiadado, ejemplo vivo de lo monstruoso e impío, pues no le teme a Zeus y al contraponerlo con Odiseo queda expuesto su salvajismo al no conocer el vino (producto *sui generis* de la civilización).

La oda gongorina encuentra sus raíces en Teócrito y Ovidio. Curiosamente, en las primeras tradiciones del cristianismo, el demonio era representado con un solo ojo en medio de la cara, simbolizando las fuerzas oscuras, pasionales e instintivas. Hasta el momento vemos que el ojo único, como heterotopía, evidencia una polaridad de significados: celestial en la masonería y el cristianismo (inscrito en un triángulo) e infernal, maligno y salvaje en el Cíclope y en Balor, a quien nos referiremos a continuación.

En la saga irlandesa está Balor, una especie de Cíclope céltico, quien fuera muerto por Lug (así como Hermes mata a Argos, de ahí el Argifontes: Apolodoro II, 1). Habitaba en Tory, tal como lo hiciera el temible Connan de los manuscritos épicos. Tenía un ojo en medio de la frente y otro en la parte posterior del cráneo. La mirada de éste último era mortal, por lo que Balor mantenía dicho ojo permanentemente oculto y sólo lo descubría para librarse de algún enemigo. De ahí la expresión irlandesa "suil Baloir" (ojo de Balor), para dar a entender lo que conocemos como "mal de ojo". Según el relato de la batalla de Mag Tured, es ese ojo el que hiere de muerte a Nuado, rey de los Tuatha De Danann. Balor personifica a la noche, el de los golpes poderosos. Un druida predijo que sería muerto por su nieto, así como el oráculo griego en el mito de Acrisio y Perseo. En efecto, la profecía se cumple: su nieto, un herrero hijo de Mac Kinnley y Ethné, le introdujo un hierro candente en el ojo mágico habitualmente cerrado y Balor cayó muerto.

Argos, ejemplo de heterotopía múltiple, era célebre por sus cuatro ojos, dos miraban hacia el frente y los otros dos hacia atrás; sin embargo, algunos afirmaban que sólo poseía un ojo, mientras que ciertas versiones indican que su número era infinito y estaban distribuidos por todo su cuerpo. Dotado de fuerza prodigiosa, libró a Arcadia de un toro que asolaba el país, lo desolló y se vistió con su piel. Asimismo mató a Equidna, la monstruosa hija del Tártaro y Gea, quien se apoderaba de los viandantes. Hera le encargó luego la custodia de Io, transformada ya en vaca:

Para librarse de esta inquietud llevó el regalo de la diosa al astuto Argos, hijo de Arístoro, maestro en añagazas e incorruptible guardián, con cien ojos, de los cuales jamás se cerraban todos; ojos insomnes muchos que calaban hasta las intenciones. Argos dejó pacer suelta a la vaca durante el día, pero durante la noche tóvula presa y trabada en un lecho de humo y de hojas (Ovidio 1969: I, 583).

Hermes mató a Argos ora de una pedrada disparada desde lejos, ora al dormirlo con la flauta de Pan, ora al sumirlo en un sueño mágico. Sea como fuere Hermes lo mató y Hera, para inmortalizarlo, trasladó sus ojos al plumaje del ave que le estaba consagrada: el pavo real.

Vemos que tanto el Cíclope como Balor y Argos comparten una fuerza extraordinaria y son muertos (o vencidos) por héroes, en lo cual se intuye su simbolismo begativo como el horror de la psique, que sólo puede ser vencido por la intervención decidida de lo conciente. Tal evidencia se muestra en la heterotopía de sus ojos: la anormalidad en la posición del globo ocular.

Las Grayas, de ojos heterotópicos, son las viejas, las ancianas y, cosa asombrosa, jamás fueron jóvenes. En el único mito donde aparecen es en el de Perseo, quien, cuando partió para dar muerte a Medusa, las encontró primero en su camino. Eran las tres guardianas, encargadas de cerrar el camino que conducía hacia las Gorgonas. Sólo poseían un único ojo para las tres y un sólo diente, los cuales se turnaban:

...donde moraban las Fórcides; tres vírgenes ancianas de figura de cisne, que tienen para ellas un solo ojo y un solo diente, y que no ven jamás los rayos irradiantes del sol, ni la luna tranquila (Esquilo, Prometeo, 794).

Comparten con el Cíclope, Balor y Argos los aspectos negativos evidentes, pero las Grayas evocan la mujer vieja como arquetipo de la madre en su fase oscura y maléfica, como Kali en la India (madre ogresca y caníbal). Son las guardianas monstruosas, guardianas de secretos prohibidos a los mortales.

El ojo divino, que todo lo ve, se figura como el sol, ojo del mundo, expresión de Agni y de Buddha. En la religión védica de la antigua India, Agni es el dios del fuego (cfr. con el latín *ignis*), el fuego celeste (rayos, meteoros, estrellas y cometas), del que arde en el altar de sacrificio y el que sirve de centro de reunión de la familia en el atardecer (cfr. con Hestia y Vesta); del fuego que permite cocinar los alimentos y hace huir las tinieblas, y también del que destruye los bosques y las ciudades. Entre los egipcios, el ojo Udjat (ojo afeitado) era un símbolo sagrado, presente en múltiples manifestaciones plásticas. Considerado como manantial del fluido mágico, era el ojo purificador de luz y el lugar del halcón, forma asumida por el dios Horus, deidad de los espacios aéreos, cuyos dos ojos son el sol y la luna. Ra, dios solar, está dotado de un ojo ardiente, símbolo de su naturaleza ígnea: una cobra erguida, con el ojo dilatado, llamada *uraeus*. Se le ve en la frente de los faraones o cubriendo la cabeza de las divinidades solares. Refleja la dualidad de las propiedades del sol y la soberanía: vivificantes y fecundantes y, a la vez, perjudiciales al matar mediante la quema y la sequía. Este es el ojo divino egipcio, al que alimenta el fuego sagrado o la inteligencia en el hombre. En esta concepción el círculo del iris está centrado por la pupila, como sol en la boca. El pintor surrealista belga René Magritte plasmó esa analogía entre el sol y el ojo.

Esta visión del ojo se volverá a encontrar en Plotino, el filósofo alejandrino, neoplatónico del siglo II d. C., para quien el ojo de la inteligencia humana no podía contemplar la luz del sol (espíritu supremo) sin particular en la propia naturaleza de ese sol espíritu:

El intelecto ve... no por medio de otra (luz) sino por sí mismo, porque no ve su exterior. Ve una luz por otra luz, no por medio de otra luz. Y como luz ve otra luz, es decir, por sí mismo se ve a sí mismo... La vida y el acto del Intelecto es la luz primera, que primeramente se enciende por sí misma y resplandece por encima suyo, iluminadora e iluminada conjuntamente, ve por sí misma, también porque aquél (el sujeto) que ve es el mismo (objeto) conocido (Mondolfo 1983: 244).

Así pues, la visibilidad de las cosas supone una luz que las haga visibles. La inteligibilidad de los seres supone, también, la existencia de una luz intelectual superior que las haga inteligibles.

3. El poder de la mirada

3.1. El mal del ojo

El "mal de ojo" implica que alguien ha tomado poder sobre uno o sobre alguna cosa, por envidia y con mala intención. Se dice que tal "mal" es capaz de acarrear la muerte y

curiosamente es un concepto universal. El ojo sería peligroso, especialmente para los niños pequeños, las parturientas, los varones recién casados, los perros, la leche y el trigo. Parecería ilógico aceptar como un hecho positivo la presencia de un poder en el ojo, capaz de materializar un deseo de destrucción o de maldad, de parte de quien posee tal don. Existen medios de defensa contra esto: el velo, los dibujos geométricos, los objetos brillantes, el hierro al rojo vivo, la sal, la lumbre, los cuernos, la media luna y toda una variada gama de amuletos, de los cuales hablaremos luego.

Con la mirada se podría provocar la mala suerte y tal amenaza formulada constituiría muchas veces un auténtico sortilegio, puesto que actúa sobre la imaginación, al infundir la idea de un peligro, de un poder oculto o ilimitado. Para no ser presa de la voluntad ajena es preciso mostrar una actitud ecuánime, así como el tomar ciertas precauciones, cuando el individuo tiene esta creencia. Citaremos el proceder básico: lavar concienzudamente los vestidos y la ropa interior usados por otras personas; no ponerse un traje que haya sido utilizado previamente por un desconocido sin purificarlo antes con agua, azufre y algunos aromas, como alcanfor, incienso, ámbar, la piedra azul (común desde el Líbano hasta la India). Evidentemente el mejor medio para “defenderse” de este sortilegio es no temerle, pues todo puede resumirse en un estado de sugestión.

Llamamos fascinación a la hechicería realizada por medio de la vista, la mirada o la observación visual, con la que se domina y posee al espíritu de los hombres que han sido “fascinados”; ésta sale por los ojos, siempre se opera por intermedio de los órganos visuales, en forma de rayos o destellos:

... su verdadero instrumento es un espíritu puro, lúcido y sutil, que se genera con la fermentación de la sangre pura por el calor del corazón, y por medio de la firme, ardiente y determinada voluntad del alma, que se dirige al objeto que previamente ha sido escogido para la fascinación (Barret 1990: 59).

A tenor de los principios básicos de la magia natural, cuando se abre el ojo y se piensa con fuerza influir sobre alguien, por éste salen los rayos, que son el vehículo del espíritu y penetración a su vez por el ojo de la persona “fascinada”, incrustándose en su alma y en su corazón. Podrían quedar “hechizados” aquellos que miran directamente a los ojos de aquella persona a la que están fascinando, porque cuando los ojos se miran fijamente con reciprocidad, se unirían los rayos con los rayos, las luces con las luces y el espíritu de uno se une al espíritu del otro; creando fuertes ligaduras. De ahí, incluso, se dice que nacen los amores más violentos, con una sola mirada, con un flechazo de la mirada, que se introduce hasta el fondo del corazón. Algo similar sucede entre un asesino y su víctima, pues si el asesino se aproxima al cadáver, la sangre de éste volvería a fluir. Esto era una creencia común en el siglo anterior.

Cuando los vapores del ojo se someten a la afección, se utilizan colirios, ungüentos, aligaciones para inducir el amor. Hay colirios venéreos como el de hipómenes o el de sangre de paloma; para inducir al miedo, se usan colirios marciales, como el de los ojos de lobo, el de grasa de oso o el de gato salvaje; para conducir a la miseria o a la enfermedad, se utilizan colirios saturninos.

Supónese que quienes están afectados por el mal de ojo se tornan delgados, pálidos, tristes y decaídos hasta consumirse. Las plantas se marchitan o se mueren, a los animales les ocurre lo mismo y los objetos se quiebran. Igualmente el mal puede ocasionar riñas entre los

amigos y parientes, pérdidas en los negocios y otros infortunios por el estilo. Particularmente susceptibles al “aojo” son los niños de corta edad, sobre todo cuando se les ve con envidia y se les alaba su gracia o su belleza. En Puerto Rico se acostumbra, para verificar si un niño padece del mal, echar una gota de aceite en un vaso de agua tibia, el cual se coloca junto al pequeño. Si el aceite se disuelve es señal de que fue víctima de una mirada dañina. Existen oraciones o “santiguos” especiales, de carácter apotropaico, como los siguientes:

Santa Ana parió a María,
 Santa Isabel a San Juan,
 así, con vuestras palabras,
 permíteme, Dios, curar
 a este niño aojado.
 Santa Ana, tuviste mal de ojo
 y nunca padeciste.
 De mal de ojo, permítele, Dios, sanar.
 Tú de enfermedad nunca padeciste.
 De mal de ojo, permítele, Dios, sanar.
 Sal, causa, sal, y deja a esta criatura descansar;
 deshácete como deshació (sic) la sal en el mar.
 En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,
 que esta causa sea curada. Que así sea.
 (Vidal 1989: 184)

En el nombre del Padre,
 del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.
 Por el mal de ojo,
 te vengo a santiguar,
 te vengo a sacar,
 te vengo a llevar
 al fondo del mar.
 Con las Tres Divinas Personas
 y el Santísimo Sacramento del altar.
 (Vidal 1989: 184)

Supónese, especialmente en el Caribe, que “rezos” de este tipo alejan el mal que reside en el ojo del extraño. Las oraciones evocan el “poder” de las fuerzas celestiales, positivas y bienhechoras, capaces de proteger a los feligreses de la magia negra del mal de ojo.

Uno de los amuletos más empleados es una representación de la mano cerrada, la cual muestra el dedo pulgar por entre el dedo índice y el del corazón (la higa), movimiento de carácter fálico y desdénso. Con mayor frecuencia se emplean las modeladas en azabache y coral, pero también hay de nácar, de hueso, de oro y de plata. Es usual llevarlas pendientes del cuello, de la muñeca o prendidas en la ropa. El por qué de la preferencia de cierto material en especial es antojadizo o por lo menos difícil de precisar.

En los países islámicos está muy difundida esta creencia, inclusive el Corán alude a este mal: “Los infieles casi os hacen dormir con miradas” (68, 51). No se debe elogiar al hijo, al caballo o cualquier cosa que pertenezca a otro sin pronunciar al mismo tiempo la frase *ma sha'llah* (si Dios quiere). Una tradición asevera que el propio Mahoma fue objeto de este conjuro y Gabriel lo libró del mismo.

Dentro del conjunto de amuletos tenemos las réplicas de ojos, por ejemplo, los barcos ostentaban frecuentemente un ojo pintado para que los librara de sufrir cualquier daño. No sólo la higa, sino la mano en sí serviría como protección: la mano de Fátima, relacionada con la mano de Venus de la Antigüedad y con la de la Virgen María. A menudo se acostumbra llevar la imagen de una mano o simplemente trazar cinco líneas en las paredes para que sirva de protección de las casas. La figura de un ojo en una mano es un antiquísimo amuleto apotropaico contra el mal de ojo, común en Grecia, en Turquía, en Israel (la mano hamsa). En la antigua Roma los amuletos fálicos tenían gran prestigio no así las representaciones de la vulva. Sin embargo, alusiones metafóricas como fuerza protectora son múltiples: los británicos dicen que los zapatos viejos son de buena suerte, los árabes ven el valor protector en la luna en creciente, la herradura por su forma se asemeja al genital femenino.

Entre los masai, el mal de ojo es por completo arbitrario en cuanto a sus efectos. Es hereditario y hay un clan especialmente relacionado con esta desventura. Aunque quien posee tal cualidad puede servirse de ella y con mala intención, sus efectos suelen ser involuntarios. El simple hecho de mirar a otra persona podría causarle el desfallecimiento y aún la muerte en casos extremos. El único remedio masai consiste en que el mismo causante del mal de ojo escupa sobre la víctima; cualquier extraño que penetra en una casa escupe sobre los niños que hay en ella como medida profiláctica.

Los nkores del Africa oriental consultan a los adivinos para averiguar las causas no empíricas, para lo cual se sirven las langostas, semillas de diversas plantas e intestinos de pollo o recurren al trance con el objeto de ser poseídos por los emandwa (espíritus de una dinastía real legendaria).

Lo fundamental en el tema del mal de ojo es la insidiosa búsqueda del remedio o la cura para ello, partiendo del hecho de que todo ojo tiene per se un poder mágico. Las fórmulas apotropaicas, como hemos visto, varían según la cultura, siendo las más notables el influjo de la palabra dicha y los amuletos fálicos o vaginales. Simbólicamente, en ambos casos, el poder cosmogónico o de creación de una nueva instancia o situación está implícito: para borrar, anular o abolir el caos provocado por el hechizo, se restaurará el orden anterior (el cosmos), carente de todo resabio maligno. Recuérdese que la hechicería altera o invierte el ordenamiento inicial, por ende, los símbolos genésicos revierten esta vivencia equívoca.

3.2. Los ojos de Medusa

Hemos comentado acerca de Balor, quien, según la antigua leyenda irlandesa, era poseedor de una "mala mirada", eficaz en el campo de batalla, cuando cuatro hombres intentaron levantar su párpado posterior. De igual manera, Medusa, una de las Gorgonas, tenía, entre sus atributos, unos ojos chispeantes y su mirada era tan penetrante y mortífera, que quien la sufría quedaba convertido en piedra. Esos ojos constituían un objeto de horror y espanto no sólo para los mortales, sino también para los inmortales. Su cabeza estaba rodeada de serpientes, tenía grandes colmillos, semejantes a los del jabalí, manos de bronce y hasta alas de oro. Hay versiones que narran su metamorfosis, de hermosa mujer a monstruo, pues se contaba que la joven rivalizaba en hermosura con la diosa Atenea, particularmente orgullosa por el esplendor de su cabellera. Por tanto, la deidad transformó sus cabellos en sierpes. También se cuenta que la ira de Atenea obedeció al sacrilegio acaecido en su templo: Medusa fue violada por Poseidón y la doncella fue castigada.

Medusa, en un tiempo, fue la más amable de las criaturas. Inspiró grandes pasiones. Pero estaba enamorada sobre todo de sus cabellos. Neptuno y ella profanaron un templo de Palas, ante cuyos ojos pusieron su propio escudo para que no viera sus expansiones. Para castigar tamaño desacato, cada cabello de seda y oro de Medusa se transformó en inmundas víboras... Víboras que, grabadas en su escudo, utiliza ahora ella [Atenea] para vengarse de sus enemigos (Ovidio 1969: IV, 765 y ss.).

Fue muerta por Perseo y éste se libró de su funesto mirar por medio del reflejo de su escudo.

3.3. El ojo omnividente

En la iconografía cristiana, el ojo -en medio de rayos de sol o en el triángulo con la punta señalando hacia arriba- es el conocido símbolo de la omnipresencia divina o de la trinidad. Inclusive los ángeles (querubines, serafines) supónese que llevan ojos en sus alas como señal de su penetrante sabiduría. En el simbolismo francmasónico, el "ojo omnividente" dentro del triángulo y con corona de rayos, el cual corresponde al símbolo de la trinidad antes mencionado, está representado en muchas logias encima de la silla del maestro y es para recordar todos los misterios de penetrante sabiduría y vigilancia del Creador, del gran arquitecto de todos los mundos. A veces se le advoca "ojo de la providencia".

Visto también como tercer ojo es símbolo de benevolencia, omnividencia, sabiduría celestial y razón interior. Tanto Thor como Zeus han figurado con tres ojos. Como dios soberano de las tres regiones cósmicas, en la Acrópolis de Argos, hubo una estatua de Zeus con un tercer ojo en la frente:

... entre otros exvotos un xóana de Zeus que tiene sus dos ojos en su sitio y un tercero en la frente. Este Zeus se dice que es el paterno de Príamo hijo de Laomedón, el que estaba al aire en su patio y aquel en cuyo altar se refugió Príamo cuando Ilión fue tomada por los griegos. Después, en el reparto del botín, Esténelo hijo de Capaneo se apoderó de él, y por eso vino a pasar allí. De tener ojos se podría dar la explicación de que Zeus reina, según dicen todos los hombres, en el cielo; al que dicen reina bajo la tierra, Homero en un verso le invoca así: Zeus subterráneo y Persefonea alabada. Y Esquilo hijo de Euforión llama Zeus al que reina en el mar. Cualquiera que fuese el que hizo esta imagen, le puso tres ojos para mirar, como para significar que es el mismo dios que tiene poder sobre las tres suertes (Pausanias 1986: 2, 24, 3-4).

Igualmente, la Prudencia, emperatriz de las virtudes cardinales, según Dante, posee tres ojos, los cuales implican su capacidad de mirar el pasado, el presente y el futuro (Purgatorio 29: 132).

En la representación plástica del ojo omnividente (ojo humano rodeado de rayos luminosos) la asociación solar es obvia. Hallado en múltiples culturas, siempre fue símbolo del vigilante y protector poder del ser supremo, especialmente cuando es considerado como ente solar y uránico. Aparece en el gran sello de los Estados Unidos. Este ojo omnividente es una de las formas apotropaicas contra el mal de ojo, por ejemplo, en el norte de los Estados Unidos existen monedas acuñadas con la figura para salvaguardar a su portador. El ojo Udjat, del que ya hablamos, el ojo de Horus y el tercer ojo del Buddha cumplen también un rol talismánico.

4. Consideraciones finales

Por evidentes razones, el nexo simbólico entre el astro rey y el ojo acontece a partir del aspecto exterior de ambos: una esfera emanadora de rayos. En el caso específico del globo ocular, éste es de forma ovoide y las cejas se visualizan como rayos, mas la mirada en sí se constituye también en una especie de rayo, el cual es capaz de emitir un “poder” imperceptible, o sea, sin la manifestación física aparente, un poder que concentraría cierta cantidad de energía, que ejercerá alguna reacción con el objeto observado, en especial si se trata de una persona. Rayo y mirada se homologan simbólicamente, a partir del principio fecundador del sol, como se refleja en una superstición inglesa del siglo XVIII: Mary Tofts afirmaba haber dado a luz unos conejos porque un conejo macho la había mirado fijamente. Aquí el ojo del animal se homologa con lo fálico del sol (mirada-rayo-falo). Mutatis mutandis, cuando la mujer es vista por alguien del sexo opuesto, una mirada detenida y fija la hace sentir penetrada o incluso “violada”. Sábese que el sol es una epifanía uránica: ojo del dios supremo; por ejemplo, una simple mirada a la hora del crepúsculo puede acarrear la muerte. Cuando el sol llega al cénit se le llama corazón del mundo o el ojo del mundo. La luna también se asimila con un ojo: el izquierdo es la luna y el derecho el sol, lo cual corresponde a que el ojo izquierdo es el devenir y el derecho el pasado; así pues, el sol simboliza el intelecto y la luna la memoria. Los textos galeses designan con frecuencia al sol con la metáfora de “ojo del día” y el nombre del ojo en irlandés (sul), que es el equivalente del nombre británico del sol, subraya el simbolismo solar del ojo.

Ahora bien, al analizar la relación biunívoca presente entre el observador y el observado se nos obliga a profundizar en el simbolismo del ojo, del cual deducimos lo siguiente:

- a. Capacidad de interioridad (tercer ojo)
- b. Amenaza y peligro (Balor, Medusa)
- c. Omnividencia (ojo divino, ojo omnividente)
- ch. Posibilidad de aprehensión (mal de ojo)

A tenor de lo anotado en el tema del mal de ojo, la correlación observador-observado es tal que estaríamos hablando de la presencia de un poder amenazante, destructivo y maligno; no obstante, la creencia o no en dicho sortilegio está mediatizada claramente por un componente similar a un proceso de fe: considerar la magia o la brujería como una práctica real y efectiva.

Por lo tanto, la mirada posee connotaciones especiales, como instrumento de las órdenes interiores: muerte, fascinación y seducción. En África, la mirada dirigida lentamente de abajo hacia arriba es un signo de bendición. Está cargada de todas las pasiones del alma y dotada de un poder mágico, el cual le confiere una terrible eficacia. Las metamorfosis de la mirada no revela solamente al que mira, sino también al observado, al que es mirado. Es curioso observarse uno mismo frente a miradas extrañas. La mirada aparece como el símbolo y el instrumento de una revelación. Pero, más aún, es un reactivo y un revelador recíproco del que mira y del mirado. Ahora bien, el mirar, mas con el propósito de abrir los ojos, es un rito de apertura del conocimiento, en definitiva un rito de iniciación. En el ámbito indio, se abren los ojos hacia las estatuas sagradas con el fin de animarlas; en otros lugares se abren los ojos a las

máscaras y en Vietnam se abre la luz de un junco nuevo, al tallar o pintar dos grandes ojos en su proa. Mirar, o simplemente ver, se identifica con saber, conocer y poseer.

Desde esta perspectiva, los ojos siempre tienen el poder de seducir y en los países occidentales esta habilidad de fascinar ha sido trivializada en los múltiples “clichés” de las novelas románticas y de la música “pop”. No obstante, considerando, por ejemplo, la universalidad y antigüedad de las creencias del mal de ojo, el símbolo del poder del ojo no desaparecerá de la psique colectiva humana con facilidad. En España y Francia reposan los testimonios rupestres -dibujos de algunos símbolos mágicos- usados alrededor del Mediterráneo como protección contra el poder de la mirada. Tanto Platón como los pitagóricos griegos describían la mirada como un proceso en el cual las emanaciones de los ojos circundan el objeto. Este entendimiento de la visión como principio activo, de iluminación cuasi espiritual, prevaleció en Europa a lo largo de la Edad Media. Esta proyección iluminada podría ser saludable o maliciosa, dependiendo del estado espiritual del espectador.

El mundo no se muestra a todos por igual, ya que un árbol, por ejemplo, puede ser contemplado desde distintos puntos de vista. Un pintor lo ve con ojos diferentes al del ingeniero forestal. Sin embargo, pese a su diversidad, cada una de esas visiones está justificada. Ver y contemplar no son lo mismo: la visión se detiene en la superficie; la contemplación, en cambio, ahonda. Quien posee el arte de la contemplación, el *ars videndi*, se instala en el epicentro de un mundo superior. Walter Otto opina:

Nuestro propio ser tiene que elevarse, si queremos encontrar su verdad. Cuanto más grande quiere ser el hombre, tanto más le muestra el mundo su propia grandeza (Lurker 1992: 18).

Apéndice: fraseología coloquial

- *abrir (pelar) el ojo*: estar advertido, con el fin de no ser engañado.
- *a cierra ojos*: a medio dormir; sin examen ni reparo.
- *alegrarle los ojos a alguien*: manifestar regocijo extraordinario por un objeto, una noticia o un evento.
- *alzar los ojos al cielo*: levantar el corazón a Dios, para implorar su favor.
- *a ojo*: sin peso, sin medida; a juicio, arbitrio o discreción del alguien.
- *a ojo de buen cubero*: sin medida, sin peso y a bulto.
- *a ojos vistas*: visible, clara, patentemente.
- *bailarle los ojos a alguien*: ser bullicioso, alegre y vivo.
- *bajar los ojos*: ruborizarse, obedecer inmediatamente, también humillarse.

- ***cerrar los ojos***: dormir; suspender todo movimiento voluntario, frecuentemente con negación; morir; arrojarse temerariamente a una cosa; supeditar el entendimiento al dictamen de otro; obedecer sin examen.
- ***comer con los ojos***: no apetecer los manjares sino cuando están servidos con limpieza y primor; odiar o intrigar.
- ***costar (una cosa) los ojos, un ojo de la cara***: ser excesivo su precio o el gasto que se ha tenido en ella.
- ***dar en los ojos (una cosa)***: ser tan clara y patente, que por sí misma se hace conocer a la primera vista.
- ***dichosos los ojos que ven a usted***: se usa cuando se encuentra a una persona después de largo tiempo que no se le ve.
- ***dormir con los ojos abiertos***: estar o vivir con precaución y cuidado para no dejarse sorprender ni engañar.
- ***encontrarse con los ojos claros***: no encontrar la persona o cosa que se buscaba.
- ***entrar a ojos cerrados***: entrar en un negocio o admitir una cosa sin reflexión.
- ***en un abrir y cerrar de ojos***: en un instante.
- ***hacer ojos***: indica la seguridad de que no molesten tales o cuales cosas; signo de desaprobación.
- ***írsele (a alguien) los ojos por (una cosa)***: desearla con vehemencia.
- ***llenarle (a alguien) los ojos***: contentarla mucho.
- ***llevar los ojos clavados en el suelo***: se usa para denotar la modestia y compostura de una persona.
- ***más ven cuatro ojos que dos***: da a entender que las resoluciones salen mejor conferidas y consultadas que tomadas por sólo un dictamen.
- ***meter (una cosa) por los ojos***: encarecerla, brindando con ella insistentemente a fin de que alguien la compre o acepte.
- ***meterse por el ojo de una aguja***: ser bullicioso y entremetido.
- ***mirar con buenos o malos ojos (a una persona o una cosa)***: mirarla con afición o cariño, o al contrario.

- **¡mucho ojo!:** advertencia, para que se mire bien, se oiga o considere atentamente lo que pasa o lo que se diga.
- **no decir (a alguien) “buenos ojos tienes”:** no dirigirle la palabra; no hacerle caso.
- **no levantar los ojos:** mirar al suelo por humildad o modestia.
- **no pegar los ojos (o el ojo):** no poder dormir.
- **no quitar los ojos (de una persona o cosa):** poner en ella atención grande y persistente.
- **no tener adonde volver los ojos:** úsase hablando de la persona desvalida.
- **¡ajo!:** vid. ¡mucho ojo!
- **ojo al Cristo que es de plata:** advierte a alguien que tenga cuidado con una cosa para evitar un riesgo o un fraude.
- **ojos que te vieron ir:** significa que la ocasión que se perdió una vez no suele volver; denota el temor de alguien de no volver a ver a una persona ausente y amada, o de no recobrar el dinero o alhaja de que se ha desprendido.
- **pasar los ojos por un escrito:** leerlo ligeramente.
- **pasar por ojo:** destruir a alguien, arruinarlo.
- **poner los ojos en (una persona o cosa):** denota afición o cariño hacia ella.
- **saltársele (a alguien) los ojos:** significa la gran ansia o deseo con que apetece una cosa, infiriéndolo de la tenaz atención con que mira. Dícese regularmente de los niños cuando ven comer.
- **ser el ojo derecho de (otro):** ser de su mayor confianza y cariño.
- **sobre los ojos:** se usa con el verbo poner y otros para ponderar la estimación que se hace de una cosa.
- **tener entre ojos (a alguien):** aborrecerlo, tenerle mala voluntad.
- **tener los ojos en (una cosa):** mirarla con gran atención y observarla con todo cuidado.
- **tener malos ojos:** ser aciago y desgraciado en las cosas que mira o examina.
- **traer entre ojos:** observar a alguien, por el recelo que se tiene de él; estar enojado con él.

- *valer (una cosa) un ojo de la cara*: ser de mucha estimación o aprecio.
- *venirse a los ojos*: llamar fuertemente la atención por sus vivos colores o por otras calidades o circunstancias.
- *vidriarse los ojos*: tomar la apariencia o semejanza al vidrio, que es señal de cercana muerte en los enfermos.

Bibliografía

- Apollodorus. 1972. *The Library*. Great Britain: Harvard University Press.
- Barret, Francis. 1990. *El mago. Un sistema completo de filosofía oculta*. Barcelona: Ibis.
- Biedermann, Hans. 1993. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Paidós.
- Brandon, S.G.F. 1975. *Diccionario de religiones comparadas*. Madrid: Cristiandad.
- Cirlot, J. Eduardo. 1985. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Labor.
- Chevalier, Jean. 1988. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Herder.
- Dante. 1978. *La Divina Comedia*. México: Cumbre.
- El Corán*. 1980. New York: Grolier.
- Eliade, Mircea. 1992. *Diccionario de religiones*. Barcelona: Paidós.
- Esquilo. 1980. *Tragedias*. México: Porrúa.
- Félix, Mago. 1990. *Diccionario de sueños*. Barcelona: Ceac.
- Fraile, Guillermo. 1982. *Historia de la filosofía*. Madrid: B.A.C.
- Góngora, Luis de. 1949. *Poesía completa*. Buenos Aires: Sopena.
- Graves, Robert. 1989. *Los mitos griegos*. México: Alianza
- Grimal, Pierre. 1984. *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona: Paidós.
- Hesíodo. 1981. *La Teogonía*. México: Porrúa.
- Homero. 1980. *La Odisea*. México: Porrúa.

- Jubainville, H. D'Arbois de. 1986. *El ciclo mitológico irlandés y la mitología céltica*. Barcelona: Edicomunicación.
- Lurker, Manfred. 1992. *El mensaje de los símbolos*. Barcelona: Herder.
- María, Constantino de. 1984. *Enciclopedia de la magia y de la brujería*. Barcelona: De Vecchi.
- Mondolfo, Rodolfo. 1983. *El pensamiento antiguo: historia de la filosofía greco-romana*. Buenos Aires: Losada.
- Müller, Max. 1990. *Mitología egipcia*. Barcelona: Edicomunicación.
- Ovidio. 1969. *Metamorfosis*. Barcelona: Iberia.
- Pausanias. 1986. *Descripción de Grecia*. Barcelona: Orbis.
- Pike, Edgar R. 1991. *Diccionario de religiones*. México: F.C.E.
- Píndaro. 1981. *Odas*. México: Porrúa.
- Sagrada Biblia*. 1958. New York: Grolier.
- Shakespeare, William. 1988. *As You Like It*. New York: Bantam Books.
1985. *Coriolanus*. New York: Bantam Books.
1980. *Romeo and Juliet*. New York: Bantam Books.
- Teócrito. 1976. *Idilios*. Madrid: Alianza.
- Vidal, Teodoro. 1989. *Tradiciones en la brujería puertorriqueña*. Puerto Rico: Alba.
- Vries, Ad de. 1984. *Dictionary of Symbols and Imagery*. Netherlands: Elsevier.